

La promoción de la paz

TEMA 9

La promoción de la paz

La Iglesia, en efecto, es, en Cristo “sacramento”, es decir signo e instrumento de paz en el mundo y para el mundo

*Juan Pablo II,
Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000, 20: AAS 92
(2000) 369.*

«Dichosos los que construyen la paz»

Mateo 5, 9.

El testimonio de un niño soldado

“Yo era feliz. Tenía 12 años, una hermana de 7 y una familia que me quería. Hasta que un día todo cambió. Hace dos años, los milicianos de Boko Haram vinieron a mi pueblo y arrasaron todo. Mataron a mi familia delante de nosotros. Luego nos llevaron a un campo de entrenamiento”, arranca Louis. Durante el camino les fueron pegando, se burlaban de ellos. Louis acabó con una brecha en la cabeza que se infectó. Casi muere de la fiebre. “Ojalá lo hubiera hecho. Así no hubiera tenido que vivir lo que me tocó”, asegura.

En el campo había muchos niños. Las torturas eran constates. “Si te portabas mal, te hacían cortes en las plantas de los pies y echaban sal. A veces lo hacían solo por capricho”, recuerda con horror. Un día, el mejor amigo de Louis intentó escapar y le pillaron. Obligaron a Louis a matarle. “Nunca olvidaré sus ojos mientras le disparaba. No me dejaron enterrarle.

Tiraron su cuerpo a los animales salvajes. Yo le quería”, solloza.

Cuando consideraron que estaba listo, le obligaron a ir a los campamentos. “Degollé a muchas personas. Luego quemaba sus casas. Al final, lo hacía sin pensar. Imaginaba que estaba matando a cabras, como cuando matábamos a algún animal en las celebraciones familiares”, cuenta.

Gracias a una ofensiva del Ejército nigeriano, Louis pudo escapar y ahora vive con su tía. El destino de su hermana fue mucho peor. “La violaron tantas veces que murió desangrada. No sé dónde tiraron su cuerpo. Un día llegaron y me lo dijeron. Solo quiero que paguen por todo lo que nos hicieron”. “Decidí escapar de la guerrilla cuando fusilaron a mi hermano”.

1

La paz: fruto de la justicia y de la caridad

La paz es un valor y un deber universal; halla su fundamento en el orden racional y moral de la sociedad que tiene sus raíces en Dios mismo, « fuente primaria del ser, verdad esencial y bien supremo ».La paz no es simplemente ausencia de guerra, ni siquiera un equilibrio estable entre fuerzas adversarias, sino que se funda sobre una correcta concepción de la persona humana 1019 y requiere la edificación de un orden según la justicia y la caridad.

La paz es fruto de la justicia, entendida en sentido amplio, como el respeto del equilibrio de todas las dimensiones de la persona humana. La paz pelagra cuando al hombre no se le reconoce aquello que le es debido en cuanto hombre, cuando no se respeta su dignidad y cuando la convivencia no está orientada hacia el bien común. Para construir una sociedad pacífica y lograr el desarrollo integral de los individuos, pueblos y Naciones, resulta esencial la defensa y la promoción de los derechos humanos.

La paz también es fruto del amor: «La verdadera paz tiene más de caridad que de justicia, porque a la justicia corresponde sólo quitar los impedimentos de la paz: la ofensa y el daño; pero la paz misma es un acto propio y específico de caridad».

La paz se construye día a día en la búsqueda del orden querido por Dios y sólo puede florecer cuando cada uno reconoce la propia responsabilidad para promoverla. Para prevenir conflictos y violencias, es absolutamente necesario que la paz comience a vivirse como un valor en el interior de cada persona: así podrá extenderse a las familias y a las diversas formas de agregación social, hasta alcanzar a toda la comunidad política.

La violencia no constituye jamás una respuesta justa. La Iglesia proclama, con la convicción de su fe en Cristo y con la conciencia de su misión, que la violencia es un mal, que la violencia es inaceptable como solución de los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, porque va contra la verdad de nuestra fe, la verdad de nuestra humanidad. La violencia destruye lo que pretende defender: la dignidad, la vida, la libertad del ser humano.

2

El fracaso de la paz: la guerra

El Magisterio condena la crueldad de la guerra y pide que sea considerada con una perspectiva completamente nueva: «En nuestra época, que se jacta de poseer la energía atómica, resulta un absurdo sostener que la guerra es un medio apto para resarcir el derecho violado». La guerra es un “flagelo” y no representa jamás un medio idóneo para resolver los problemas que surgen entre las naciones: «No lo ha sido nunca y no lo será jamás», porque genera nuevos y más complejos conflictos. Cuando estalla, la guerra se convierte en «una matanza inútil», «aventura sin retorno, que amenaza el presente y pone en peligro el futuro de la humanidad: «Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra». Los daños causados por un conflicto armado no son solamente materiales, sino también morales.

La búsqueda de soluciones alternativas a la guerra para resolver los conflictos internacionales ha adquirido hoy un carácter de dramática urgencia, ya que «el ingente poder de los medios de destrucción, accesibles incluso a las medias y pequeñas potencias, y la conexión cada vez más estrecha entre los pueblos de toda la tierra, hacen muy arduo o prácticamente imposible limitar las consecuencias de un conflicto». Es, pues, esencial la búsqueda de las causas que originan un conflicto bélico, ante todo las relacionadas con situaciones estructurales de injusticia, de miseria y de explotación, sobre las que hay que intervenir con el objeto de eliminarlas: Por eso, el otro nombre de la paz es el desarrollo. Igual que existe la responsabilidad colectiva de evitar la guerra, también existe la responsabilidad colectiva de promover el desarrollo.

Los Estados no siempre disponen de los instrumentos adecuados para proveer eficazmente a su defensa: de ahí la necesidad y la importancia de las Organizaciones internacionales y regionales, que deben ser capaces de colaborar para hacer frente a los conflictos y fomentar la paz, instaurando relaciones de confianza recíproca, que hagan impensable el recurso a la guerra.

a) La legítima defensa: Una guerra de agresión es intrínsecamente inmoral. En el trágico caso que estalle la guerra, los responsables del Estado agredido tienen el derecho y el deber de organizar la defensa, incluso usando la fuerza de las armas. Para que sea lícito el uso de la fuerza, se deben cumplir simultáneamente unas condiciones rigurosas:

- que el daño causado por el agresor a la Nación o a la comunidad de las naciones sea duradero, grave y cierto;
- que todos los demás medios para poner fin a la agresión hayan resultado impracticables o ineficaces;
- que se reúnan las condiciones serias de éxito;
- que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar.

b) Defender la paz: Las exigencias de la legítima defensa justifican la existencia de las fuerzas armadas en los Estados, cuya acción debe estar al servicio de la paz: quienes custodian con ese espíritu la seguridad y la libertad de un país, dan una auténtica contribución a la paz.

c) El deber de proteger a los inocentes: El derecho al uso de la fuerza en legítima defensa está asociado al deber de proteger y ayudar a las víctimas inocentes que no pueden defenderse de la agresión. El principio de humanidad conlleva la obligación de proteger a la población civil de los efectos de la guerra.

d) Medidas contra quien amenaza la paz: Las sanciones, en las formas previstas por el ordenamiento internacional contemporáneo, buscan corregir el comportamiento del gobierno de un país que viola las reglas de la pacífica y ordenada convivencia internacional o que practica graves formas de opresión contra la población.

e) El desarme: La doctrina social propone la meta de un desarme general, equilibrado y controlado. El enorme aumento de las armas representa una amenaza grave para la estabilidad y la paz. El principio de suficiencia, en virtud del cual un Estado puede poseer únicamente los medios necesarios para su legítima defensa, debe ser aplicado tanto por los Estados que compran armas, como por aquellos que las producen y venden.

f) La condena del terrorismo: El terrorismo se debe condenar de la manera más absoluta. Manifiesta un desprecio total de la vida humana, y ninguna motivación puede justificarlo, en cuanto el hombre es siempre fin, y nunca medio.

1. Teniendo en cuenta la manera de entender la paz que nos plantea la DSI y su llamada a hacernos constructores de la paz, miramos nuestra vida y acción: ¿qué estamos aportando nosotros a la construcción de la paz?

2. ¿Qué nos sentimos llamados a aportar para contribuir a la construcción de la paz?

Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que constituye una grave y profunda herida infligida a la fraternidad. Muchos son los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen terror y destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia. Ésta tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los responsables el grito de dolor de esta humanidad sufriente y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos fundamentales del hombre..

Mensaje de Francisco para la celebración
de la XLVII Jornada Mundial de la Paz (2014)

3. ¿Qué vamos a hacer para crecer en nuestra aportación a la construcción de la paz? Compromiso concreto.

Oración

Del profeta Isaías

2, 4

De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra.

"Hazme instrumento de tu paz"

(Autoría atribuida a San Francisco de Asís)

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.
Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.
Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.
Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.
Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.
Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.
Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.
Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.
Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.
Oh Señor, que yo no busque tanto ser consolado, cuanto consolar,
ser comprendido, cuanto comprender,
ser amado, cuanto amar.
Porque es dándose como se recibe,
es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo,
es perdonando, como se es perdonado,
es muriendo como se resucita a la vida eterna.



pastoral obrera